

ÁFRICA EN EL SIGLO XX:
UNA HISTORIA DE LA DECONSTRUCCIÓN- RECONSTRUCCIÓN
EN EL TRAZADO DE FRONTERAS E IDENTIDADES

- (Re) Acciones africanas contra el colonialismo:
Categorías culturales e ideólogos de los movimientos de liberación
(Nuria Fernández Moreno¹)

La verdadera descolonización no es simplemente la reapropiación del poder y de las riquezas de la tierras, es volver a empezar una historia allí donde Europa la ha abandonado.

F. Fanon (Condenados de la tierra)

¹ En Antropología y colonialismo de África subsahariana. Textos etnográficos. Nuria Fernández Moreno (Ed) (Pp: 55-60) Editorial Universitaria Ramón Areces. 2009

El encuentro entre África y Europa fue de una naturaleza tan violenta que ha tenido un gran impacto en la realidad contemporánea africana. La enorme demanda de esclavos que hacía Europa fue muy destructiva. No es posible cifrar la debacle humana causada por el tráfico trasatlántico de esclavos, ni hay acuerdo en los numerosos estudios que se han llevado a cabo a partir de la documentación de los archivos norteamericanos, pero sólo los datos que están documentados hablan de nueve millones de esclavos desembarcados en América y dos millones de pérdidas humanas durante las travesías. Otros estudios oscilan entre los cuarenta millones y ciento cincuenta millones de personas desplazadas de África como esclavos, de los que podían morir en el camino, al menos un tercio (Ferrán Iniesta 2000: 161).

La abolición de la esclavitud y represión de la trata contra las caravanas y factorías europeas, fue una lucha muy larga hasta que se encontró una salida, de nuevo rentable, al remanente de esclavos como mano de obra en las plantaciones de cacao en el Golfo de Guinea. Si hasta entonces, el comercio de esclavos había contribuido al desarrollo del capitalismo europeo, comienza a ser sustituido por otras fuentes de riqueza: explotación de minerales, el oro de Rodesia, los diamantes en Sudáfrica, el estaño de Nigeria, el aceite de palma en el Congo Belga... En este clima de intereses económico y ambiciones políticas se celebra la **Conferencia de Berlín** (1884-1885), reunida bajo pretextos humanitarios, antiesclavistas y con el propósito de promover la civilización de los africanos abriendo el interior del continente al comercio. Las naciones se comprometieron a observar libertad de comercio y navegación en los ríos Congo y Níger, a suprimir la trata en todo el continente, a ocupar realmente un territorio para tener derecho a él y a notificar ésta a los demás países.

A partir de entonces, comenzó la **ocupación armada** de los territorios coloniales que finaliza 1904 configurándose el mapa colonial de África y transformando el continente en un gran mosaico de colonias europeas que rivalizaban por el control estratégico, por los intereses económicos y el prestigio nacional.

Francia se quedó en África occidental y ecuatorial donde, respectivamente, creó dos agrupaciones independientes: África Occidental Francesa (AOF), con Senegal, Sudán (Malí y Burkina Faso), Níger, Costa de Marfil, Guinea, Mauritania y Dahomey (Benín), y África Ecuatorial Francesa (AEF), con el Congo, Ubangui-Chari (R. Centrafricana), Chad y Gabón. Independientemente de ambos conjuntos los franceses mantuvieron el territorio de los Afar e Issa (Yibuti) y la isla de Madagascar. Inglaterra se asentó en todas partes, excepto en la central: en occidente ocupó Gambia, Sierra Leona, Ghana y Nigeria; en la zona austral se hizo con Suráfrica, Lesotho, Suazilandia, Botsuana, Rhodesia (Zimbabue) y Zambia; en Oriente adquirió Zanzíbar, Kenya, Uganda, Sudán y Somaliland. Bélgica se quedó con el «Estado Independiente del Congo» (Zaire). Portugal agrandó sus tradicionales enclaves de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique, reteniendo, además, el archipiélago de Cabo Verde y las islas de São Tomé y Príncipe. Italia se introdujo en Somalia y Eritrea, y España se quedó con la isla de Fernando Poo (Bioko) y Guinea Ecuatorial. Alemania, que había entrado tarde en la carrera colonial, recuperó el tiempo perdido y su presencia se repartió un poco en casi todas las latitudes: Togo y Camerún en Occidente, Namibia en el sur, Tanganyika (Tanzania) en el este y Ruanda y Burundi en la parte central. Pero tras la Primera Guerra Mundial, con el Tratado de Versalles, desaparecía el imperio colonial africano de Alemania. Este quedó repartido así: Togo y Camerún pasaron en gran parte a Francia, excepto algunas porciones que se dieron en Inglaterra, que las unió a sus

colonias de Ghana y Nigeria respectivamente. Namibia se entregó a Suráfrica, Tanganyka a Inglaterra, y Ruanda y Burundi a Bélgica. Como consecuencia de este reajuste Mozambique recibió la zona de Kionga y Somalia italiana se incrementó con territorios del nordeste de Kenya.

MAPAD DE LA DISTRIBUCIÓN COLONIAL 1920 (Cortes 1995: 34)

Durante la primera mitad del s. XX es el apogeo del imperialismo europeo y de la explotación económica gracias a los **regímenes administrativos coloniales** que implantaron las metrópolis en sus colonias, a través de unas determinadas instituciones de gobierno para administrar y explotar sus territorios, no sólo sin aportar ningún beneficio a los africanos sino más bien, perjudicándolos. Por ejemplo, generalmente, trataron de desarrollar una agricultura comercial basándose en las relaciones de propiedad privada. En muchas de las sociedades que practicaban el sistema de arrendamiento de la tierra, la implantación de este sistema capitalista colonial, tuvo consecuencias sociales traumáticas. Por otra parte, los espacios coloniales constituían en palabras de S. Amin (1994), pequeñas microregiones desigualmente aprovechadas en función de las exigencias de la metrópoli en las sucesivas fases de la explotación colonial. De ello resultó que, ciertas regiones fueran primero aprovechadas y sobreexplotadas para luego ser abandonadas cuando perdían su interés, configurando así, un mosaico de regiones unas prósperas y otras devastadas. Además, el colonialismo europeo creó nuevas clases sociales, nuevas burguesías, nuevas clases trabajadoras urbanas y nuevos tipos de campesinado orientados al mercado. Estas transformaciones de su estructura de clase y de las relaciones de propiedad autóctonas, constituyen una de las transformaciones coloniales del siglo. XIX, más relevantes.

Gran Bretaña, al igual que Alemania, se inclinó por otorgar la administración de las colonias y la organización de las infraestructuras a compañías privadas, mientras que Francia, lo asumió directamente de forma más centralizada, tratando de implantar una política de asimilación. Este modelo fue seguido también por Portugal, Bélgica e Italia. El modelo de gobierno indirecto (indirect rule) practicado por Gran Bretaña, mantenía las estructuras de poder precoloniales tradicionales para que fueran ellos mismos los encargados tanto de la recaudación tributaria, como del reclutamiento de la fuerza de trabajo. En el siguiente capítulo se aborda con más detalle, la vinculación entre los sistemas de gobierno colonial y la antropología, concretamente, en el sistema británico es donde se puede ver de forma evidente cómo entra en juego la antropología en el proceso colonial, pues la búsqueda de jefes o de hombres influyentes que hicieran de intermediarios, hacía necesario emprender investigaciones sobre el terreno, de ahí el interés y la proliferación de estudios sobre organización política nativa, jefaturas, etc

Cabe pensar que estos dos sistemas de gobierno contrapuestos (británico y francés) dieron lugar a dos formas de colonización diferentes, pero en la práctica, como apunta F. Iniesta (2000), la estructura colonial francesa también buscaría sistemáticamente la mediación de poderes religiosos, étnicos o locales porque, en definitiva, la única posibilidad de organizar y rentabilizar los territorios coloniales era incorporando y articulando las estructuras africanas pero siempre sujetas al principio de autoridad. De manera que, cada uno de estos sistemas se encargó de formar un grupo social aculturado, introduciéndolo en las lenguas, en la lógica y en los comportamientos occidentales. La administración francesa formó a esta elite en sus escuelas públicas; la anglosajona delegó esta tarea en los misioneros. Estas elites, distanciadas culturalmente

de su propia sociedad, nunca llegaron a ser realmente admitidos en la sociedad de la metrópoli.

Las colonias inglesas alcanzan su independencia por la progresiva africanización de los Consejos legislativo y ejecutivo, implantados por la metrópoli desde mediados del XIX. Tras la Guerra Mundial los Consejos se transformaron en Cámaras y Gabinetes Ministeriales que, posteriormente, sirvieron de base para legal a los gobiernos autónomos antes de hacer efectivas las independencias (Cortés 1995). El caso de Portugal fue diferente al resto, ya que mantuvo una oposición frontal a negociar la independencia de sus territorios, por lo que se desencadenaron episodios de lucha armada en cada colonia como única alternativa para lograr su liberación. La única posesión española de África subsahariana: la isla de Bioko y la Guinea continental, comenzaron en torno a la década de los años cuarenta los primeros brotes nacionalistas que fueron rápidamente represaliados. El período de autonomía por el que pasó esta colonia fue más largo que en otros lugares, desde 1964 a 1968 cuando Macías proclamó la independencia.

Los regímenes coloniales se mantuvieron hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial que es cuando comienza el proceso de descolonización, aunque la transición a la independencia llevaba gestándose desde los años veinte cuando surgieron el nacionalismo africano y el panafricanismo, aunque estos se consolida en los años sesenta que es la década en la que muchas colonias obtienen la **independencia política**, a excepción de los países que ya eran independientes: Egipto, Etiopía y Liberia (desde 1847) y, posteriormente, la República Sudafricana en 1910 (ver cronología de las independencias en el anexo). Dado el volumen de países implicados en el proceso y el breve espacio de tiempo en el que se llevó a cabo, de forma casi simultánea, en a penas treinta años, la descolonización fue mucho más que un hecho político. El rápido declive de los imperios europeos tras la II Guerra Mundial, se debió tanto a los movimientos nacionalistas, que adquirieron gran apoyo popular, como al propio sistema colonial.

Mapa de África independiente (Cortés 1995:170)

El África independiente se debatía entre sus fundamentos tradicionales y sus aspiraciones modernistas teniéndose que enfrentar a múltiples problemas: culturales (emprender una búsqueda de su identidad histórica), socioeconómicos (el subdesarrollo) y neocoloniales (dependencia económica: continúan con las mismas estructuras de control por parte de las potencias coloniales). En definitiva, la opresión del colonialismo continuó, dada la colaboración de los dirigentes africanos de los Estados-nación recién independizados, formalmente, con los poderes fácticos: el monopolio internacional o las nuevas potencias (Japón y EEUU). De manera que, no se produjo una ruptura con el sistema de dominación colonial, sino que éste fue reemplazado por un sistema nuevo: el imperio del capital hegemónico multinacional.

En este clima de continuidad, **los nuevos Estados-nación entran en crisis**, casi desde su inicio. Muchos de los problemas han derivado de trasladar a África la idea y (más o menos) la realidad del Estado-nación característica los sistemas capitalistas, y sustentada, básicamente, bajo el supuesto de la coincidencia entre el Estado y otra realidad social: la nación. Sin embargo, esta coincidencia, como afirma S. Amin (1994), es limitada tanto en el tiempo como en el espacio, pero a pesar de ello, ha tenido tal

fuerza, que cuando los países de África acceden a la independencia, se han constituido en supuestos Estado-nación.

Los sistemas políticos que comienzan a instaurarse en los nuevos Estado-nación son de carácter democrático-liberal, con gobiernos civiles y con sus constituciones, al estilo occidental como herencia colonialismo. Pero poco tiempo después, desde mediados de los años sesenta hasta los ochenta, los golpes de estado van implantando dictaduras militares o regímenes autoritarios marxistas, todos ellos basados en sistemas de partido único y con un presidencialismo autoritario. La totalización del poder y la creación del Estado monolítico hacían difícil una salida política hacia otras soluciones. También resultaba difícil armonizar, por una parte, civilizaciones diferentes y, por otra, integrar grupos étnicos y religiosos. El fracaso político y la imposibilidad de recambio, depararon a los militares una buena justificación para saltar a la arena política. El poder se convirtió en la obsesión de los militares y su conquista desencadenó la espiral de la violencia destruyendo también el clima político y la marcha económica. El protagonismo militar queda plasmado en la intensa sucesión de golpes: 73 golpes en 36 años entre 1958 y 1994 (ver anexo: Cronología del golpismo militar y la violencia política)

Los años noventa se caracterizan por las reformas democráticas, varios países van implantando el multipartidismo y los sistemas democráticos civiles. Pero las peculiaridades que caracterizan a esta nueva versión de democracias que impera en una buena parte de los gobiernos actuales de Africa, bien pueden ser denominadas como "Democratura"². En éstos regímenes coexisten unas reglas formales, aceptadas como democráticas por la comunidad internacional (o de lo contrario los intereses económicos consiguen encubrirlas), junto con unas prácticas dictatoriales asentadas en la violación de las libertades fundamentales y en la corrupción que son las que realmente trazan el funcionamiento de la vida política. Los elementos fundamentales de esta política son un presidencialismo desmesurado, un aparato estatal muy fuerte, un partido del estado omnipresente y una justificación del autoritarismo que pasa por consideraciones de seguridad.

Las expectativas creadas en torno años a los años sesenta por la esperada revolución africana, se desvanecieron ante la inestable y conflictiva evolución política experimentada en África, repleta de enfrentamientos internos fronterizos, de guerras civiles movidas por grupos e intereses para alcanzar el control del poder político y con un gran intervencionismo occidental.

El siguiente párrafo de S. Amin (1989: 239) escrito hace veinte años acerca de la crisis y del futuro de África, hoy resulta especialmente actual, después de la debacle económica desencadenada a lo largo del 2009:

“Desde hace más de quince años, el sistema económico mundial ha entrado en una fase de crisis estructural de larga duración, que es algo muy distinto de una “recesión” coyuntural. Esta crisis es mundial y la caracterizan: la caída del crecimiento, más acentuada aún que la de la inversión productiva; un notable

² Término acuñado por Liniger (1989) para definir el régimen de Obiang Nguema en Guinea Ecuatorial.

descenso de la rentabilidad y un persistente desorden en las relaciones económicas internacionales. La dimensión principal en que se expresa la actual crisis está en el campo de las relaciones mundiales... Un desarrollo de África dependerá en gran medida de la evolución económica, política y cultural del sistema mundial. Así pues, según prevalezca una configuración de las relaciones este-oeste, norte-sur, las posibilidades de tal desarrollo serán más o menos grandes. La actual crisis global del sistema económico y político sólo inspiraría pesimismo, pero más allá del corto plazo ¿no es un reto que la humanidad deberá vencer lanzándose en la perspectiva de un mundo policéntrico, más favorable para la paz y el progreso de todos los pueblos?”

(RE) ACCIONES AFRICANAS CONTRA EL COLONIALISMO: CATEGORÍAS CULTURALES E IDEÓLOGOS DE LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACIÓN

Desde finales del s. XIX ya hay una corriente de resistencia a la ocupación europea, que surgió como respuesta de una elite ilustrada de África occidental: los “saros” en Nigeria y los “creoles” en Freetown, descendientes de los esclavos capturados durante las guerras a principios de siglo, y liberados por la marina británica en Sierra Leona. Todos ellos compartían el haber sido instruidos en las misiones y haber adoptado el estilo de vida británico. La reacción de rechazo y exclusión por parte del resto de los africanos y la actitud discriminatoria y ridiculizante de los europeos hacia estos africanos victorianos, les hizo reexaminar su estilo de vida europeo. Surge así un “nacionalismo cultural” caracterizado por una “conciencia africana” y por un renacimiento e interés por la cultura africana tradicional. Esto les llevó por ejemplo, a volver a vestirse a la africana, a destacar los logros y el interés por el arte, la religión y la historia propias y a establecer sus escuelas donde enseñaban lenguas nativas. Todo ello fue sembrando el germen de una conciencia nacionalista de reivindicaciones, de unidad y de movimientos sociales e ideológicos, precursores de los “poetas de la negritud” y del concepto de “personalidad africana” en el s. XX, cuando el movimiento de liberación adquiere mayor intensidad y abarca todo el continente africano. También a partir de 1945, en EEUU aparecería el movimiento igualitario de los derechos civiles (M.Luther King) y el del Black power (Malcom X, Black Pnathers) y toda una corriente anticolonial en el pensamiento occidental entre diversos sectores (intelectuales, religiosos y del socialismo marxista) que mantenía una actitud crítica hacia la colonización, condenando la explotación colonial y apoyando la independencia de África. Los líderes de los movimientos independentistas de las colonias inglesas comenzaron su lucha política a través de las corrientes panafricanas desde la metrópoli, y después de II la Guerra Mundial, cuando vuelven a sus países de origen, organizan los movimientos de concienciación anticolonial de las masas. Los revolucionarios africanos desarrollaron sus ideas estudiando el marxismo-leninismo, a través de las experiencias de la revolución china y cubana.

Es en este momento donde se enmarcan los dos movimientos de liberación más importantes: el panafricanismo y la negritud (con sus variantes) y sus ideólogos: Du Bois y Aime Césaire, respectivamente. Césaire, junto con Damas, Senghor y f. Fanonn fueron los llamados “poetas de la negritud”. Posteriormente, Touré retoma las tesis del panafricanismo, al igual que Nkruma y Kentatta, a través del “nacionalismo cultural”. La negritud, intentó definir la identidad africana y restaurar los valores africanos, toda su orientación era hacia la liberación y “descolonización de las mentes”. En este

sentido, Fanon, (médico y filósofo, nacido en Martinica), autor de “los condenados de la tierra” y de varios escritos publicados en la revista “Presence africaine”, máximo exponente de la negritud, manifiesta, a través de su poesía, el proceso de toma de conciencia en respuesta a la “colonización racial” para restaurar lo que el colonialismo despreciaba del africano (ausencia de conocimiento instrumental, racionalidad...) F. Fanon también tuvo una actividad política muy relevante a través de su teoría política dirigida a la práctica de la revolución. Por otra parte, Césaire, (también nacido en Martinica, impulsor del término “negritud” que lo luego rechazaría, disidente del partido comunista francés, poeta surrealista, dramaturgo y autor, entre numerosos escritos, del “discurso sobre el colonialismo”) logró unir a intelectuales y artistas de todo el mundo en su lucha contra el eurocentrismo dominante (S. Amin 2006). Como Fanon, también somete a crítica el racionalismo occidental y argumenta en un análisis marxista-leninista clásico del imperialismo y colonialismo, la lógica del colonialismo y del racismo como vectores del capitalismo, es decir, de la modernidad europea.

Una de las consecuencias más importantes del discurso de la negritud (y de toda su extensión) es la imagen de sí mismos que los africanos interiorizaron, a partir de la cual, fue posible una ruptura, un cambio de dirección en el “concebirse a sí mismo” (los africanos) y en el “concebir a los africanos” (los europeos) frente a todo el universo de imágenes sobre África, que se había ido creando desde los primeros contactos de Europa con África a través de los relatos de cronistas: exploradores, comerciantes, negreros y, posteriormente, militares, funcionarios, colonos y misioneros.

Por ello, resulta especialmente interesante entender el discurso de la negritud como una (re)construcción en torno a la identidad en la que se condensan múltiples significados. De un lado, los movimientos de liberación (resistencia africana, negritud, renacimiento cultural, panafricanismo, panegrismo, panarabismo, nacionalismo cultural, socialismo africano) y de otro, los conceptos de identidad (africanidad, arabidad, personalidad africana, identidad negro-africana, conciencismo, autenticidad, renacentismo, renovación, restauración, revitalización, reparación, recuperación) conforman una relación de categorías culturales, no exentas de problemas conceptuales (a veces son más una metáfora que un concepto), en las que las ideas asociadas a cada una de esas categorías han ido variando en el tiempo, pero simultáneamente, también a ocurrido el proceso inverso: lo que ha ido variando es el término acuñado para un conjunto de ideas semejantes. Es decir, cada ideólogo fue elaborando su propia formulación sobre el movimiento de liberación y sobre “lo africano”, para luego ser reformulada por otro, y cada uno con su particular “programa de desarrollo cultural”, dando lugar a todo un complejo marco conceptual de identidad.

No menos interesante en este asunto de la reformulación de categorías de identidad son los discursos que encierran las críticas que han ido suscitando toda esta ideología entre los intelectuales africanos contemporáneos; unas objeciones válidas para el pensamiento actual, medio siglo después de las independencias, pero a veces, demasiado descontextualizadas de la coyuntura histórica que rodeaba al movimiento de liberación. Algunos adversarios de la negritud, paradójicamente, parecen seguir inmersos en una alabanza y una búsqueda de la “autenticidad”, al igual que ocurre, por otra parte, entre muchos otros sectores de las sociedades no sólo africanas. La “autenticidad” resulta, por tanto, no ser una categoría coyuntural ni de un momento ni de un lugar. También hay escritores africanos críticos, que elaboran su propia idealización acerca de los valores del pasado y de lo tradicional, a la vez que, como

señala Burgos (2007), lo censuran para con los ideólogos de la liberación porque esa estabilidad que denota el pasado, implica una resistencia al cambio que intensifica el inmovilismo tradicional de África. Otra cuestión que se rechaza de la negritud, es su definición de la identidad africana en continua referencia al occidente, ya fuera por oposición o por semejanza. No es extraño, sin embargo, encontrar este tipo de elaboraciones también en los discursos de los escritores contemporáneos, pues los mecanismos de identificación y diferenciación que operan en la construcción de cualquier identidad, se basan con frecuencia en dos opciones de alteridad relacionadas con el prójimo: “ser como el otro” o “no ser como el otro”. Es decir, nos definimos por contraste con un “referente” que en un momento determinado haya sido o sea relevante para para nosotros. Un “otro” –referente con el que se suele tener una relación (de rivalidad de sometimiento, de superioridad etc.) por la que se hace necesario diferenciarse o parecerse más.

Otros cuestionamientos que se han hecho acerca de la negritud y del panafricanismo de Du Bois, Padmore, Nkrumah, Sekou Touré, es el de cooperar con los dirigentes blancos, por no oponerse claramente al mercado capitalista mundial, es decir, al imperialismo. Pero la mayoría de las críticas se dirigen hacia Nkrumah, principalmente, por concebir (desde su exilio en EEUU) un proyecto desmesurado de unificar África y reagrupar a la diáspora. A Senghor, porque sus ideas, seguían siendo más una actitud que una propuesta de acción, pero sobretodo porque su idea acerca de la diferencia racial suponía un predominio de la “emoción negra” y del “pensamiento intuitivo” opuesto al discurso racional. Lo “africano” estaba fundamentado en la existencia de un sustrato racial, se apoyaba pues, en una base racial para explicar un proceso mental y en unas estructuras psicológicas estables basadas en su naturaleza, en la esencia “negra”, de lo que resultaba una concepción de la cultura africana unificada, que en definitiva, desechaba todas las particularidades histórico-culturales. Asimismo, el retrato del negro por Senghor, escribe J.Marc Ela (en Burgos 2006), “está inmerso en el pensamiento occidental de los siglos XVIII y XIX: allí está el buen salvaje de Rousseau, el negro según Kant, el africano que Hegel y Gobineau describen, y también, las formalizaciones de Lévy-Bruhl sobre la mentalidad primitiva, sin olvidar los trabajos de Frobenius y de los etnólogos europeos”.

No obstante, en la mayoría de los intelectuales africanos críticos con los ideólogos de la liberación, reconocen que, aunque a la larga fue perjudicial, también supuso un notable esfuerzo para superar una conciencia alineada, por encontrar un cauce de resistencia a la asimilación, y como hecho cultural, tuvo una considerable influencia en plano cultural y socio político. ”. Como afirma Leclerc (1973:210): no hay que subestimar el alcance de las críticas y de las tentativas del tercer mundo para pensarse a sí mismo; la noción de negritud debe ser juzgada en relación al contexto histórico que la ha producido, la polémica surgida y la impugnación por parte de los africanos, ha transformado su primer sentido.

Los movimientos de liberación africanos, que brotaron como revancha contra el desprecio y degradación que habían sufrido, en un principio, resultaron: políticamente positivos (impulsaron las independencias), culturalmente reparadores (restauraron la dignidad) e ideológicamente instrumentales (movieron a las masas). Pero una vez logradas las independencias, se volvieron inoperantes (no se tradujeron en acción política), culturalmente utópicos (en su pretensión de unificar la identidad africana) e

ideológicamente perjudiciales (el concepto de identidad participaba del mismo sustrato racial que las teorías racistas occidentales). Pero lo que es innegable es la trascendencia que tuvieron en el devenir de las sociedades africanas y no se pueden obviar las particulares circunstancias históricas durante las cuales surgieron, derivadas a su vez de, de su pasado más inmediato (colonialismo) y también remoto (esclavitud).

El comercio de esclavos, el colonialismo y la descolonización fueron unas traumáticas y muy largas experiencias de desarraigo masivo, despersonalización, desposeimiento y de reconstrucción cultural de las sociedades africanas, las cuales, todavía hoy resulta muy compleja su articulación. Si miramos tan sólo a los últimos decenios de la historia de África, como señala Ferrán Iniesta (2000:199), África ha pasado por diversas teorías políticas y propuestas económicas con sus fracasos y rectificaciones, por regímenes civiles y militares, guerras anticoloniales y entre Estados fronterizos con sus secuelas migratorias, endeudamiento y descensos de la producción, el desmantelamiento del racismo legal en Sudáfrica, el retroceso de las estructuras educativas y sanitarias en la mayoría de los países, la propagación de la epidemia del sida.... la enumeración podría seguir, pero basta la señalada para comprender las numerosas y profundas transformaciones vividas en estos treinta años en los Estados africanos.

La resistencia autóctona fue configurando el propio desarrollo de las sociedades coloniales y, como apunta Gledhill (2000), esto importante para entender las diferencias entre las diversas sociedades poscoloniales. Así que, no sólo tratamos de mostrar el contexto histórico de la antropología ejercida en y sobre África, sino que el mismo hecho del movimiento de liberación y las ideologías en busca de la identidad, es un objeto de estudio antropológico. No en vano, unas décadas posteriores, en torno a los años ochenta, los estudios sobre la “resistencia” tuvieron un gran impacto en la disciplina como reflexión sobre la experiencia colonial.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Asad, T. 1991. From the History of Colonial Anthropology to the Anthropology of Western Hehemony. En: Stocking, G. W. Colonial Situations. Essays on the contextualization of ethnographic knowledge. Vol.7. History of Anthropology. University of winsconssin Press. England
- Burgos, B. (2007). Culturas africanas y desarrollo. Intentos africanos de renovación. Fundación sur. Madrid.
- Cortés, J.L. 1995. Historia contemporánea se África. Desde 1940 a nuestros días. Ed. Mundo Negro. Madrid
- Ferrán Iniesta 2000. Kuma. Historia del África negra. Ediciones Bellaterra. Barcelona
- Gledhill, J. 2000 “El poder y sus disfraces” cap. 4: antropología política Colonial: 119-124. Bellaterra, Barcelona.
- Liniger-Goumaz, M. 1989. Small is not always beautiful. The story of Equatorial Guinea. Hurst & Company, London.
- Martínez Carreras, J.U. 1993. África subsahariana. Ed. Síntesis. Madrid
- Urbano Martínez Carreras, J. 1993. África subsahariana. Ed Síntesis. Madrid.
- Samir Amin. 1994 (1989). El fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo. Un análisis político. Iepala, Madrid.
- Samir Amin. 2006. De la crítica del racismo a la crítica del euroccidentalismo culturalista. En: Aime Césaire Discurso sobre el colonialismo. Cartas a Maurice thorez y cultura y colonización. Ed. akal. Madrid.